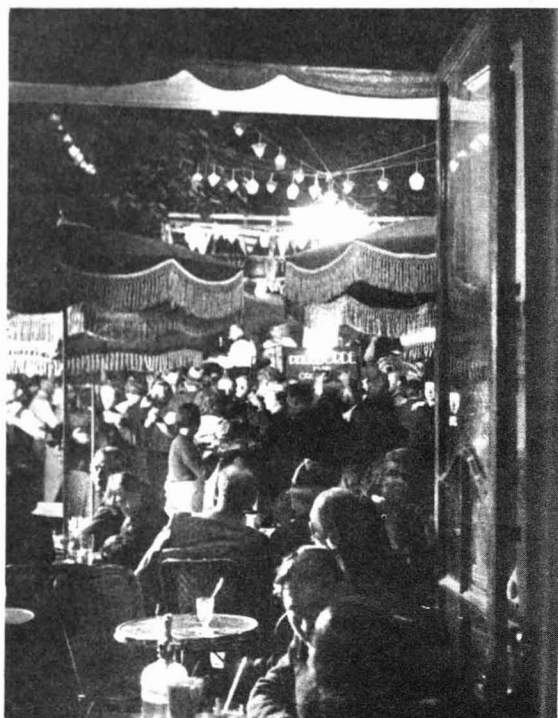


Anaïs Nin: 30 de diciembre de 1931

No era solamente que June [la esposa de Henry Miller] tuviera el cuerpo de las mujeres que brincan y se desvisten paulatinamente cada noche sobre el escenario de los music halls, sino que también resultaba imposible situarla en alguna otra atmósfera. La lujuria de la carne, sus tonos exaltantes, la mirada afiebrada y la densidad de una voz ronca, se asociaban inmediatamente con la sensualidad. Las otras mujeres perdían esta fosforescencia erótica apenas abandonaban su papel de vedettes. Pero la vida nocturna de June era interior, ella brillaba desde adentro, y esto se lo debía a sí misma, al hecho de que, por principio, consideraba cada reencontro como íntimo o bien como si debiera ser olvidada. Era como si, delante de cada hombre, se encendiera en ella la lámpara que al final de cada día alumbraba a los esposos o

los amantes que esperan; eran solamente sus ojos, y era su cara que se tornaba parecida al aposento de un poema tapizado de crepúsculo y terciopelo. Brillaba desde el interior, como la luz; podía aparecer en la mañana muy temprano en lugares totalmente inesperados: en un restaurancito, sobre una banca en un parque, frente a un hospital o una morgue una mañana lluviosa, no importa dónde. Era siempre la dulce luz perpetuada a través de los siglos por el momento del placer.

Nos citamos, June y yo. Sabía que ella llegaría tarde, pero no me importaba. Yo estaba ahí antes de la hora convenida, casi enferma por la tensión y la alegría. No me la podía imaginar avanzando en pleno día entre la muchedumbre y pensaba, ¿será posible? Me decía que tal milagro no podía existir.



Durante mis primeros años en París, iniciados en 1924, viví de noche, acostándome al amanecer, levantándome en el ocaso, vagando por la ciudad de Montparnasse a Montmartre. Y aunque siempre había ignorado e incluso me había molestado la fotografía, decidí convertirme en fotógrafo llevado por mi anhelo de trasladar todo aquello que me fascinaba en el París nocturno. Así nació Paris de Nuit, publicado en 1933.

Algunas veces, me hice acompañar en mis excursiones por un amigo o un guardaespaldas. Recorrí con Henry Miller los barrios que ambos

amábamos. Muchas veces, León-Paul Fargue, el "Peatón de París" según propia designación, me fue descubriendo las zonas ocultas —que él conocía tan bien— de Ménilmontant, Belleville, Charonne, la Porte des Lilas. Recuerdo una sesión hasta el amanecer con Raymond Queneau, al que llevé a un baile callejero en las afueras. También estuve en numerosas ocasiones en los vecindarios cerca del Bassin de la Villette con Jacques Prévert, y ambos nos sumergimos en la "belleza de las cosas siniestras", como solía llamar al placer que nos proporcionaban esas calles y muelles desiertos,



Me decía que iba a quedarme plantada, como ya antes me ha sucedido, observando una multitud y sabiendo que ninguna June aparecería jamás, porque June era producto de mi imaginación. A medida que las gentes entraban, yo tiritaba ante su fealdad; tenían un aspecto lamentable, todos eran iguales a mis ojos. Esperar a June era una expectativa dolorosa, como la espera de un milagro. Me costaba creer que llegaría por esas calles, atravesaría un boulevard, emergería de un puñado de oscuras personas sin rostro, entraría en este lugar. Qué profunda alegría observar la muchedumbre que se apresuraba y entonces descubrirla avanzando hacia mí, radiante, increíble. No lo creía. Tomé su mano caliente. Ella iría a revisar si tenía correspondencia. ¿El hombre no percibía que ella estaba maravillosa? ¿Ninguna perso-

na como ella venía jamás a recoger correspondencia al American Express? ¿Había alguna mujer que portara con esa elegancia unos zapatos viejos, un viejo vestido negro, una vieja capa azul y un viejo sombrero violeta? No podía comer delante de ella. Exteriormente me encontraba calmada, con esa placidez hindú en el comportamiento que es tan engañosa. Ella bebió y fumó. Yo permanecía inalterable pero no podía comer. Mi nerviosismo me corroía profundamente. Ella me devoraba. En más de un sentido, pensaba yo, ella está completamente loca; sujeta a temores y manías. La mayor parte de su conversación era inconsciente. El contenido de su fecunda imaginación era su realidad. Pero, ¿qué construía tan cuidadosamente? ¿Un elevado sentido de su propia personalidad, su glorificación? Ella se abría



ese distrito de parias, rebotante de acritud, infestado de almacenes y muelles. Con mayor frecuencia, sin embargo, vagué solo por zonas infames y ominosas en donde ya hoy no me aventuraría. Algunas veces, impelido por un deseo inexplicable, penetré en alguna casa ruínosa, subí hasta el fin de su escalera umbría, toqué en una puerta y desperté a un extraño, sólo para descubrir el rostro insólito que París me podía ofrecer desde esa ventana. Mi invasión y mi propósito asustaban a los inquilinos: en aquel entonces, nadie había oído hablar de la fotografía nocturna. Mas extrañamente, las

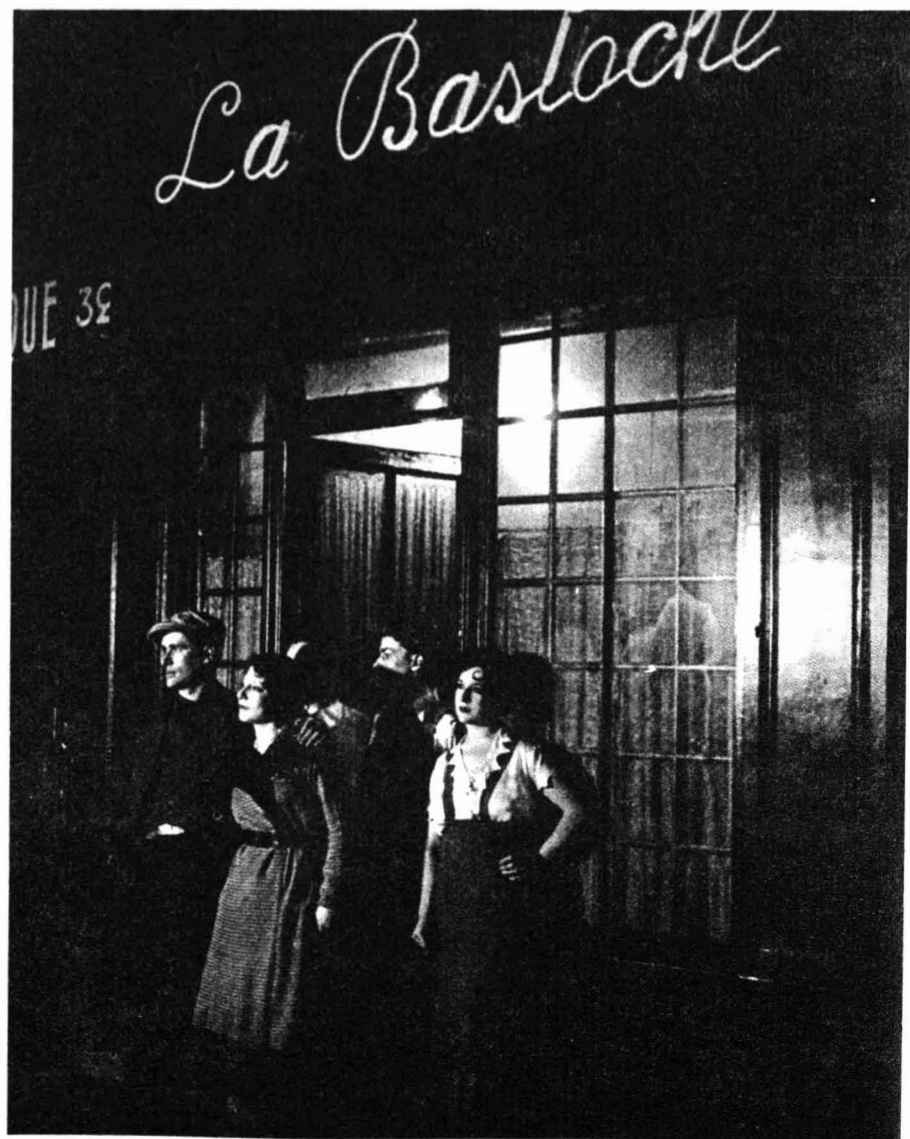
puertas casi siempre me estuvieron abiertas, y nadie jamás me disparó, como bien pudo haber ocurrido, por mi carácter de intruso. Sólo tres veces fui conducido a la estación de policía. Los agentes no quisieron creer que alguien deseara tomar fotografías en el canal a las tres de la mañana y se mostraron más dispuestos a creer que yo había arrojado un cadáver a las aguas verdosas. Para desalentar cualquier posible interrogatorio, solía llevar conmigo algunas fotos tomadas de noche. Brassai, El París secreto de los treinta.

alegremente con el calor manifiesto y envolvente de mi admiración. Parecía simultáneamente avasallante e indefensa. ¡Yo quería protegerla! ¡Yo, protegerla, a ella, con su infinito poder? Su poder era tan fuerte que por momentos verdaderamente le creía, hasta que me confesaba que su fuerza destructora era involuntaria. ¿Trataría de destruirme? No, ella entró en mi casa y yo estaba dispuesta a sufrirlo todo de ella. En June, cuando el destino supera su control, el menor cálculo arriba después del golpe, cuando adquiere conciencia de su poder, cuando se pregunta cómo toma conciencia de su poder, y reflexiona cómo puede emplearlo. No pienso que su poder esté orientado. Ella misma está sorprendida.

La veo como a alguien que me inspira lástima y necesita protección. Está confun-

dida con algunas tragedias y perversidades que no puede ni comprender ni dominar. Conozco su debilidad. Es temerosa frente a la realidad. Su vida está llena de fantasías. No creo que mantenga relaciones sexuales con Jan. Pienso que es una invención para esquivar las preguntas insidiosas de Henry.

De pronto me irrita la manera como June se sustrae, se refugia en sus fantasías, porque ésa es precisamente mi forma de evadirme. De su rechazo a enfrentar sus actos y sentimientos nace una nueva rabia, una nueva fuerza. Quiero introducirla forzosamente en la realidad, (como Henry). Yo que estoy sumergida en los sueños, en los actos a medio vivir, quiero violentarla. ¿Qué es lo que quiero? Quiero estrechar las manos de June, saber si este amor de mujer es o no real. ¿Por qué quiero eso? ¿Es que hago



Los verdaderos noctámbulos vivían de noche no por necesidad sino por gusto. Pertenecían a ese mundo de placer, de amor, vicio, crimen, drogas. Un mundo secreto y suspicaz, cerrado a los extraños. Elija usted al azar uno de esos bares, aparentemente ordinarios, de Montmartre, o sumérjase en el vecindario del Goutte-d'Or. Nada allí muestra que pertenecen a clanes de gíbolos, y que con frecuencia son escenarios de encuentros sangrientos. La conversación se suspende. El dueño lo contempla a usted con un dejo inamistoso. La clientela lo mide y valúa: este recién llegado ¿es un delator, un agente de la policía? ¿Ha



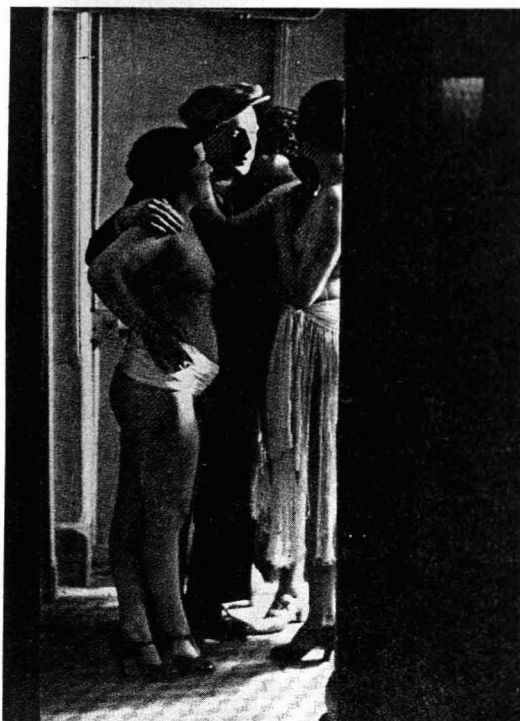
aflorar a la gran luz del día obscuras y misteriosas emociones (así como Henry lo desea y lo consigue constantemente)? ¿Estoy furiosa porque ella se equivoque del mismo modo que yo? Su sutileza me hace desear la sinceridad; las arenas movedizas de sus evasiones me impulsan a exigir, por primera vez, la claridad. Como ella, de vez en cuando ansío rehuir los "mi" ocultos, y en otros momentos deseo proseguir, como Henry, y develar sus "mi" a la intensidad de la luz.

En el taxi, por lo tanto, no podía asociar mis ideas cuando ella apretó mi mano sobre su corazón; yo se la retuve y no me avergonzaba mi adoración ni mi humildad, porque ella es mayor, tiene más conocimientos, debe conducirme, iniciarme, rescatarme de esas fantasías nebulosas, para internarme en la experiencia.

Traducción de
Arturo Acuña Borbolla

Me ha dicho que le encantaría conservar el vestido rosa que yo llevaba puesto la primera noche que nos vimos. Le dije que quisiera hacerle un regalo de despedida, y me ha contestado que le gustaría llevarse un poco del perfume que había respirado en mi casa, para evocar su recuerdo. ¿Sentimentalismo? ¿Romanticismo? Si ella es sincera... ¿por qué dudarlo? Quizá es muy sensible, y las gentes hipersensibles se vuelven falsas cuando se duda de ellas. Vacilan. Y creemos que no son auténticas. Por lo tanto quiero creerle.

Que ella me ame no tiene mucha importancia. No es su papel. Estoy plenamente enamorada de ella. Al mismo tiempo siento que muero. Ella dice de mí: "Usted es a la vez tan decadente y tan vital." Ella es tan decadente y tan vital. Nuestro amor será la muerte.



venido aquí para traicionarnos? Le pueden negar a usted el servicio, pedirle que se retire, especialmente si intenta tomar fotos. . . y con todo, atraído por la belleza del mal, la magia de los bajos fondos, habiendo captado desde el exterior escenas de mi "viaje hacia el fin de la noche", quería saber qué ocurría dentro, detrás de esos muros, detrás de esas fachadas, en las márgenes: bares, escondrijos, cabarets, hoteles de paso, burdeles, fumaderos de opio. Estaba ávido de penetrar en este otro mundo, mundo de los límites, el mundo secreto y siniestro de los gángsters, los proscritos, los hombres duros, los

chulos, las prostitutas, los adictos, los invertidos. Justa o equivocadamente, creía yo entonces que este sector subterráneo representaba a París en su forma más viva y auténtica o, por lo menos, más cosmopolita, y que en estos rostros pintorescos se había preservado, generación tras generación, casi sin alteraciones, el folclore de su pasado más remoto.

Brassaï, El París secreto de los treinta.